

«En tres de Agosto de mil Setecientos cinquenta y un años Yo el Licenciado Dn. Pedro Muñoz de Zarate Cura de el Sagrario de esta Santa Patriarcal Yglesia de Sevilla; Baptize a Andres de Santa Ana de los Angeles que nacio dia veinte y seis del proximo pasado, hijo de Dn. Cayetano de Acosta y de Ysavel Damil su muger, fueron sus Padrinos Andres Moreno y Maria Damil a quienes adverti el parentesco espiritual y sus obligaciones. Fecho ut supra». Firmado y rubricado: Pedro Muñoz de Zarate.

DOS IMAGENES DE MANUEL ALVAREZ EN LA PROVINCIA DE BURGOS

La fría memoria que rodea a Manuel Alvarez fue desvelada, en parte, por Ceán Bermúdez¹ cuyas noticias, después muy repetidas, las tomó del archivo de la Real Academia de B. A. de San Fernando, de cuyos fondos podría extraerse todavía alguna interesante noticia más. Persona sencilla (lo que quizá explique la escasez de datos), laborioso, asiduo a la academia, gozó de innatas cualidades para la escultura. Su valía le coloca entre los muy primeros puestos de los escultores de la segunda mitad del siglo XVIII. Tan solo los encargos que se le hicieron, proyectados algunos por Ventura Rodríguez, como la madreña fuente de Apolo, bastarían para demostrarlo.

Nació Manuel Francisco Alvarez de la Peña (o Pascua), en Salamanca, en 1727 y se formó con Simón Tomé Gavilán, de gustos barrocos, que por entonces gozaba de cierto prestigio en la ciudad. Después estudió con Alejandro Carnicero, pero no satisfecho se trasladó a Madrid en 1751 entrando en el estudio de Felipe de Castro, llegado poco tiempo antes de Roma, de quien imitaría los nuevos gustos neoclásicos. Alcanzó Alvarez tal prestigio que, junto con el maestro, realizaría en años posteriores varias obras para el Palacio Real y su capilla. Para su ciudad natal ejecutó también varias esculturas que por desgracia han desaparecido en su mayoría.

En 1752 ingresó de alumno en la Academia realizando como tema de examen la figura del Mercurio de Algardi, en barro, que por su interés sería colocada en el centro del salón de la Casa de la Panadería. Dos años después obtenía el primer premio de primera clase de escultura por lo que se le pensionó con una beca para completar su formación en Roma. No pudo tomar posesión de dicha plaza por su precaria salud aunque en alguna ocasión recordó a la Academia que no renunciaba «de pasar a perfeccionarme a Roma»². Su aplicación personal y el estudio de los modelos clásicos de yeso del centro suplirían esta ausencia.

¹ CEÁN BERMUDEZ, J. A.: *Diccionario histórico...* Madrid-1800, T. I, 21. Diversas noticias familiares en RODRIGUEZ G. DE CEBALLOS: «Sobre el escultor Manuel Alvarez y su familia» *A.E.A.* (1970), nº 169, p. 89.

² Arch. Ac. San Fernando, 2-2/1

En 1757 era ya académico de mérito ascendiendo en 1762 a teniente director por la escultura³. Durante estos años su actividad como escultor refleja todavía gustos barrocos, aunque atenuados, bien manifiestos en las estatuas de la citada fuente de Apolo, la Inmaculada del Palacio Real, la imagen de la Fe en San Isidro el Real... Formas cercanas a las de otros compañeros de Alvarez como su maestro Felipe de Castro, Salvador Carmona o Bergaz.

En 1784 es nombrado Director de la escultura por muerte de Juan Pascual de Mena, por votación unánime a pesar de haberse presentado también académicos de tanto prestigio como Isidro Carnicero y Alfonso G. Bergaz⁴. En estos años se acentúan sus gustos y formas clasicistas por lo que comienza a denominársele «El Griego». La desaparecida «Huida a Egipto» de la Capilla de Belén, en la parroquia de San Sebastián, de inspiración rafaelesca, podría ser una buena muestra de lo dicho⁵.

El 20 de febrero de 1786 Manuel Alvarez asciende al alto cargo de Director de la Real Academia por tres años, que el Rey prorrogaría otros tres más. Sus últimos años fueron de postración en cama lo que le impidió trabajar consolándose, quizá, con haber sido nombrado escultor honorario de Cámara de Su Magestad. El 13 de marzo de 1797 fallecía Alvarez a los 70 años de edad⁶.

El prestigio que conllevaban los citados cargos inclinaría a ciertos burgaleses, residentes en Madrid, a encargarle las imágenes de San Antonio y Santa María Egipcíaca para dos ermitas de las que eran devotos y patronos. A ello debió contribuir también, sin duda, la amistad habida entre Alvarez y el escultor Julián de San Martín, quien ejecutaría por los años que estudiamos algún proyecto del primero y natural de un lugar cercano a los que irían destinadas dichas imágenes. Poco antes de morir, Alvarez redactaba una lista de las obras que recordaba haber realizado, entre las que cita a las que aquí tratamos⁷.

Ceán califica al escultor de «el más distinguido discípulo de la Academia... ninguno más inteligente ni más observante de las reglas del arte». Más modernamente Sánchez Cantón le denomina «artista notabilísimo». Parece, sin embargo, que Alvarez no consiguió infundir a sus obras un marcado carácter propio, aunque sí son destacables por su serenidad, elegancia y cuidadoso estudio de las formas clásicas, especialmente evidentes en las numerosas imágenes religiosas que talló.

Un hijo del mismo nombre fue también escultor, aunque no destacó gran cosa. Pretendió, sin conseguirlo, que se le encargara concluir la estatua del dios Apolo que su padre tenía esbozada en buena parte.

Anzo es un lugar en pleno valle de Mena que por los años que

³ Idem, 172-1/5

⁴ Idem, 173-1/5. Véase también la signatura 3-18.

⁵ La imagen tallada por Alvarez ha desaparecido. La actual es una reproducción a base del grabado de T. López Enguñanos conservado en el Museo Munic. de Madrid (Inv. Nuevo nº 2.433).

⁶ Ceán equivocó el día de su defunción y muchos lo han repetido posteriormente.

⁷ Arch. Ac. San Fernando, 173-1/5: «Razón que dexó escrita Dn. Manuel Francisco Alvarez de la Peña, natural del Salamanca, de los maestros que tuvo, obras y grados en su facultad de escultura».



1. Anzo (Burgos). Iglesia parroquial. Santa María Egipcíaca.—2. Villaluenga (Burgos). Iglesia parroquial. San Antonio de Padua.

estudiamos apenas contaba con 30 vecinos. Se asegura que allí se apareció Santa María Egipciaca a cierto pastorcillo llamado Lázaro Cristantes en el año 1645. Este convenció a sus paisanos para que levantaran una ermita en honor de la Santa lo que se hizo pocos años después.

En 1776 se construía otra ermita dedicada a la misma Santa en el cercano lugar del Mercadillo, costeadada por D. Luis del Valle Salazar y otros amigos. La finalidad fundamental del nuevo edificio sería la de servir de lugar de Junta de Partidos del valle, que en realidad se habían comprometido a hacerlo en la de Anzo pero que no cumplían por su lejanía y aislamiento. Es posible que para «compensar» dicho abandono se encargara tallar a Alvarez, por medio del mencionado Valle Salazar residente en Madrid, la imagen que estudiamos.

«De madera tiene hecha una estatua que representa la Aparición de Santa María Egipciaca a un pastor para que éste dixese al Pueblo se hiciese una capilla en el mismo sitio en honor de la Santa que se venera en el valle de Mena»⁸. La imagen mide poco más de un metro de altura, con base de madera estando el resto cubierto de estuco endurecido y pintado de colores brillantes. Detrás lleva la marca (o firma) del escultor. Sus formas recuerdan ligeramente a la Magdalena de P. de Mena, santas a las que a veces se ha confundido en las representaciones artísticas. A los pies de la estatua estuvo la figurita del pastorcillo, pero hoy ha desaparecido.

La Santa, de intensa expresión, contempla enamorada el Crucifijo que sostiene en su mano izquierda mientras que aprieta la derecha contra su pecho. Las facciones juveniles se individualizan al fruncir el ceño y sonreír brevemente. La amplia y raída túnica cae en redondeados pliegues hasta dejar al descubierto únicamente los pies. Del cinturón cuelga algo tan anacrónico como el Rosario. La larga y ondulada cabellera se esparce sobre hombros y espalda. La imagen aparece serena, apoyada sobre el pie izquierdo, avanzando la rodilla derecha cuyo pie, un tanto apartado hacia atrás, toca el suelo únicamente con la punta de los dedos. Todo aparece estudiado y acabado hasta en sus últimos detalles.

El paralelismo con la estatua de San Antonio de Villaluenga es tal que hay que fecharla necesariamente con ella, es decir en la última década de la vida del escultor.

La ermita de Anzo está en ruinas a pesar de los muchos reparos realizados. La imagen de Santa María Egipciaca ha sido llevada por ello a la parroquia del lugar en cuyo lado del Evangelio puede contemplarse hoy en aceptable estado de conservación.

Junto a la carretera que, cerca de Villaluenga, recorre el valle de Losa se alza sobre un altozano la ermita de San Antonio de Padua. Su conservación es aún relativamente buena y sigue siendo centro de una multitudinaria romería. En sus cercanías se levantó en los primeros momentos de la repoblación (siglo IX) un monasterio consagrado a San Martín que dependió de San Millán de la Cogolla. Por los años que estudiamos quedaba muy poco de dicho monasterio. Hoy su emplazamiento es término de Villaluenga pero en el pasado fue comunero con San Llorente de Losa lo que explica que

⁸ Arch. Ac. San Fernando, 173-1/5

en el año 1801 los curas de ambos lugares se comprometieran amigablemente a alternar anualmente en cuanto a cargas y beneficios en la ermita que estudiamos.

Don Gil de Castresana, nacido en Villaluenga, criado de Carlos III, no se resignó a que desapareciera el recuerdo del citado y antiquísimo monasterio benedictino por lo que en un punto muy próximo erigió a su costa la nueva ermita según trazas del arquitecto de Su Magestad⁹. Le empujaba a ello la misma devoción que había movido unos años antes al Rey a levantar otra parecida en la Corte cuyo edificio, ya desaparecido, levantó también el arquitecto real. Don Gil pidió ayuda al monarca quien le envió dos cálices.

En la visita arceprestal del año 1791 se decía que «En el territorio de esta yglesia existe la hermita de San Antonio, nuebamente erigida, la que ha visitado su Merced y hallado con mucha Magestad y adorno»¹⁰. La ermita está presidida hoy por una gran imagen del Santo que para las procesiones de las romerías resultó demasiado pesada. Es muy posible que para este último fin encarga su patrono a Manuel Alvarez que le tallara otra escultura de menor tamaño. Es la que actualmente está colocada en el retablo mayor de la parroquia de Villaluenga.

«Tiene la estatua de madera que representa a San António, que se venera en su capilla extramuros de los lugares de Villaluenga y San Llorente, arzobispado de Burgos». Materiales, líneas y colores siguen, a menor escala, la antes descrita de Santa María Egipcíaca.

La imagen alcanza una altura de 0,79 metros, que con la peana llega a los 0,88 metros. En la mano izquierda aparece sentado sobre un paño y un libro la figura del Niño Jesús. Su luminosa túnica de color rosa contrasta llamativamente con el austero y sencillo hábito del franciscano. También en este caso del cinturón cuelga el Rosario. Los ojos de ambas figuras brillan intensamente por el empleo de pasta vítrea. Los rostros, infantiles y distraídos, son más serenos que el de Santa María Egipcíaca. Del mismo modo que aquélla, San Antonio descansa sobre su pie izquierdo mientras que el derecho, con la rodilla ligeramente adelantada, se apoya en la punta de los dedos, formando ambos pies casi un ángulo recto.

Tras la imagen puede leerse en letras doradas la marca del escultor (M. A)LVARE(Z).

La humildad de los lugares de Villaluenga y Anzo, de limitadas posibilidades, explican unas esculturas sin grandes pretensiones, de materiales baratos, pero que sin duda merecen una cuidada conservación y un mejor puesto en la historia del arte burgalés, ya que hasta ahora han sido completamente ignoradas en las publicaciones.—INOCENCIO CADIÑANOS BARDEY.

⁹ Así lo afirma J. García Sainz de Baranda (Bol. de la Inst. Fernán González T. IX, 145 y 438). Por estos años ostentaba tal cargo Francisco Sabattini. Es cierto que la ermita, y especialmente su pórtico, no se halla lejos de las obras debidas a este arquitecto. De ser exacta la noticia habría que intervenir para garantizar la conservación de la única obra de Sabattini en nuestra provincia.

Una inscripción sobre la puerta dice: S(AN) ANT(ONIO) DE PADUA. A EXPENSAS Y DEVOCION DE DON GIL CASTRESANA VILLOTA HORTIZ DE ORIVE GONZALEZ DE SANTA CRUZ CRIADO DISTINGUIDO DE S. M. C(ARLOS). AÑO 1787.

¹⁰ Arch. Diocesano. Libro de fábrica años 1683-1850.



El Escorial (Madrid). Monasterio. Dos mendigos, por Francisco Saso.